

Reseña de la carta encíclica: *Laudato Si*, del santo padre Francisco: “El cuidado de la casa común”

JOSÉ TOMÁS VIVES URBINA
ALEJANDRO JOSÉ COMPARÁN FERRER

La encíclica, desde su inicio, hace referencia a que está enfocada en el planeta Tierra (al cual el papa Francisco también llama “nuestra casa común”): “...nuestra madre Tierra, la cual nos sustenta...”. También en esta parte introductoria hace alusión a la perspectiva desde la cual se contempla al planeta, en relación con nosotros sus pobladores: “La violencia que hay en el corazón humano” (...) “se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes”. Asimismo, nos presenta un error muy grave que está cometiendo el género humano: “Olvidamos que nosotros mismos somos tierra” (...) “Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura”.

Posteriormente a lo antes citado, el Papa hace referencia a varias cartas y discursos elaborados en el pasado, que determinadas cabezas de la Iglesia católica han escrito sobre la mencionada “casa común”: 1) *Pacem in terris*. 2) *Octogesima adveniens*. 3) *Redemptor hominis* 4). *Centesimus annus*. 5) *Sollicitudo rei sociales*. 6) *Caritas in veritate*. También hace alusión a varias conferencias episcopales que han tenido lugar en un número importante de países y a lo largo de decenios. Al citarlas, hace notar que los citados documentos eclesiales de esos papas históricos y de las aludidas conferencias episcopales estuvieron apropiadamente fundamentados: “Estos aportes (...) recogen la reflexión de innumerables científicos, filósofos, teólogos y organizaciones sociales que enriquecieron el pensamiento de la Iglesia sobre estas cuestiones”.

Con lo anterior, el papa Francisco nos hace ver que la preocupación de la estructura jerárquica de la Iglesia (sobre este tema de la relación del ser humano con el planeta) ya tiene tiempo manifestándose, inclusive, hasta por dirigentes de diferentes

religiones; por ejemplo, más adelante el Papa menciona el pensamiento que sobre este mismo tema ha expresado el Patriarca Ecuménico de Constantinopla, Bartolomé I, preeminente figura de la Iglesia Ortodoxa, de quien destaca (entre otros) el siguiente pensamiento:

Que los seres humanos destruyan la diversidad biológica en la creación divina; que los seres humanos degraden la integridad de la tierra y contribuyan al cambio climático, desnudando la tierra de sus bosques naturales o destruyendo sus zonas húmedas; que los seres humanos contaminen las aguas, el suelo, el aire. Todos estos son pecados.

Una vez que ha definido el principal ámbito de su encíclica, el Papa realiza una revisión de varios ángulos de la situación ecológica mundial. El propósito de este chequeo de ciertos ítems ecológicos es recolectar los más importantes resultados científicos al respecto de cada uno de ellos (y después aprovecharlos en las siguientes secciones de su encíclica).

Así, pues, el papa Francisco nos indica que debemos observar que hay una contraposición muy marcada de los ritmos de vida y de trabajo de la población mundial (los cuales son muy acelerados) respecto de la natural lentitud con que ocurren los procesos biológicos en nuestro ámbito planetario. Asimismo, nos permite deducir que estos vertiginosos cambios en la actividad poblacional mundial no se orientan hacia un sano desarrollo del género humano.

De esta manera, nos muestra, en relación con los mencionados acelerados ritmos de la vida social y laboral, que ellos están vinculados a la proliferación de los medios (altamente contaminantes) de transportación masiva e individual; adicionalmente, los citados ritmos de fabricación están asociados con la forma ecológicamente inapropiada de conducirse por parte de los procesos productivos agropecuario, industrial y del sector terciario, Todo lo cual ha degradado el medio ambiente donde habita la humanidad. Conjuntamente con lo antes dicho, el Papa señala la vinculación de los citados procesos productivos contaminantes con lo que se ha llamado la “cultura del descarte”. Veamos cómo lo dice textualmente el Papa:

Además, estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte, ya que es más fácil desechar que reutilizar. Este enfoque afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura. El sistema productivo no ha desarrollado la capacidad de absorber y reutilizar al factor trabajo ni a los residuos y desechos.

Posteriormente, el Papa nos habla de lo que llama un “bien común” (el cual, dice, es de todos y para todos); se trata de lo que él define como “el sistema climático”; de esta manera nos permite desprender que ese acelerado comportamiento de los procesos de producción y de los ritmos de vida poblacional ha originado un calentamiento climático. Este calentamiento se ha generado debido a la gran concentración de gases (provenientes de la actividad humana) en el ámbito atmosférico, tales como, el anhídrido carbónico, el metano, los óxidos de nitrógeno, etcétera.

En relación con este calentamiento del sistema climático, nos dice que muchos de los habitantes del planeta menos favorecidos, social y económicamente hablando, tienen como medio de subsistencia la agricultura, la pesca, los bosques, etc. Por lo tanto, estas personas dependen de las cada vez más deterioradas reservas naturales y de los ecosistemas (donde se desenvuelven las citadas actividades productivas del sector agropecuario). Lo anterior origina que muchas poblaciones, cada vez más empobrecidas, tiendan a emigrar hacia los países de más alto desarrollo económico, donde no se las atiende como migrantes necesitados de trabajo, sino que se ven como si fueran delincuentes.

Después, la encíclica alude al problema del agua. Recordándonos que hay muchos lugares en el mundo donde la demanda de este recurso es mucho mayor que la oferta disponible. Ello origina que el precio del agua esté elevándose en un importante número de regiones del mundo, con lo cual los precios de los productos que requieren grandes cantidades de agua se están incrementando de tal manera que disminuyen la capacidad de acceder a los alimentos básicos a un número importante de pobladores del planeta.

Con respecto al recurso acuífero, el papa Francisco recomienda que el acceso a suficiente agua potable debe ser considerado como un derecho humano de carácter básico, punto de partida para acceder a los demás derechos humanos.

También en relación con el contexto ecológico donde se desarrollan las actividades productivas del sector primario, la encíclica se refiere a cómo el inadecuado manejo de los ecosistemas ha originado la pérdida de la biodiversidad, con lo cual se ha venido aumentando el costo de la degradación ambiental.

Con posterioridad al tratamiento de los temas antes mencionados, la encíclica nos muestra cómo los procesos productivos y las formas de vida de la población planetaria tienden al establecimiento de zonas urbanizadas donde hoy coexisten áreas ecológicamente bien equipadas con otras zonas urbanas altamente deterioradas urbanística y ecológicamente hablando, áreas donde vive la población más empobrecida y con menores posibilidades de tener una vida digna. Las circunstancias antes descritas han promovido la degradación social, la cual se ve reflejada en el crecimiento de la violencia, la inseguridad y el incremento de los delitos vinculados al narcotráfico y al consumo creciente de drogas. De esta manera, las zonas urbanizadas son un marco donde se refleja la extrema desigualdad socioeconómica: Una minoría viviendo un consumismo derrochador y una gran mayoría de gente empobrecida que sufre las consecuencias del injusto modelo distributivo de la riqueza que se vive en la actualidad.

La mencionada iniquidad, dice la encíclica, no solamente se vive por los individuos (habitantes de las zonas urbanas antes referidas), sino también se observa en ciertos países vistos en su totalidad. Por ejemplo, la exportación de materias primas para satisfacer el consumismo de países altamente desarrollados origina grandes repercusiones negativas (el agotamiento de algunas reservas naturales y daños a los ecosistemas, etcétera) en los países atrasados (desde donde se exportan dichas materias primas). Ahora bien, estos países, comparativamente más atrasados, no tienen los recursos tecnológicos ni los niveles culturales o educacionales para enfrentar su problemática ecológica. Debido a ello, el Papa afirma:

Se vuelve indispensable crear un sistema normativo que incluya límites infranqueables y asegure la protección de los ecosistemas, antes que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecno-económico terminen arrasando no solo con la política sino también con la libertad y la justicia.

La encíclica nos permite deducir que el discurso analítico derivado de los (cada vez más amplios) conocimientos científicos, por una parte, y el lenguaje religioso, por otra parte, pueden entrar en un diálogo que nos ayude a enfrentar los problemas que en el documento se consideran.

Los textos bíblicos, afirma el Papa, nos invitan a “laborar y cuidar el jardín del mundo”, lo cual significa el reconocimiento de que debería haber una relación responsable entre la humanidad y el medio ambiente natural donde los seres humanos están establecidos. Ahora bien, responder a esa obligación de cuidar la vida de la humanidad en su relación con la naturaleza exige la práctica de la fraternidad y la fidelidad hacia nuestros congéneres. Sin embargo, podemos observar que un gran número de habitantes del planeta se encuentra en una miseria socioeconómica cada vez mayor, mientras que en otras partes del mundo hay personas que ni siquiera utilizan adecuadamente su exorbitante monto de posesiones materiales y, por lo tanto, generan un gran volumen de desperdicios.

El papa Francisco, observando lo anterior, dice que la iglesia defiende el legítimo derecho (al cual considera un don) de la propiedad privada; sin embargo, añade lo siguiente: “Afirmo que no es conforme con el designio de Dios usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan solo algunos pocos”.

Seguidamente, la encíclica se refiere el tema de los extraordinarios avances científicos y tecnológicos ocurridos los últimos 200 años, y añade: la parte privilegiada de la población humana que posee estos conocimientos, además del suficiente poder económico para poder aplicar los mencionados avances, puede afectar profundamente, y de manera trascendente, a la totalidad de la raza humana, así como al globo terráqueo en su conjunto. Por ello, el Papa afirma que:

Lo que está ocurriendo nos pone ante la urgencia de avanzar en una valiente revolución cultural. La ciencia y la tecnología no son neutrales, sino que pueden implicar desde el comienzo hasta el final de un proceso diversas intenciones o posibilidades, y pueden configurarse de distintas maneras.

Por ello propone una cultura ecológica, la cual debería considerar dentro de sí misma temas como las políticas públicas, los programas educativos, la promoción de estilos de vida, e inclusive el fomento de una espiritualidad, de tal manera que los temas citados puedan (en su conjunto) configurar un dique que confronte al aplastante paradigma tecnocrático.

Paso seguido, el papa Francisco nos lleva a reflexionar en la integralidad subyacente dentro de la fenomenología que ha ido exponiendo en las partes anteriores de su encíclica. De esta manera, afirma que los elementos que forman el mundo material están integrados entre sí; también las distintas especies que forman parte del planeta

constituyen un entramado biológico, como si fueran una red. Por ello es indispensable que las soluciones, ante la problemática discutida, sean de carácter integral y tomen en cuenta "las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales".

Se necesita una "ecología económica", la cual consistiría en un manejo de los asuntos relacionados con el desarrollo y el crecimiento económico que incluya, como parte de sus objetivos, la protección del medio ambiente.

En lo que se refiere a la población del mundo, el papa Francisco plantea que la humanidad debe cambiar, de tal manera que todos aceptemos que tenemos un origen común y que, por lo tanto, debemos enfocarnos en la búsqueda de un futuro que sea el mejor para todos los pobladores del planeta Tierra. En otra parte de su carta, señala:

Los esfuerzos para un uso sostenible de los recursos naturales no son un gasto inútil, sino una inversión que podrá ofrecer otros beneficios económicos a medio plazo. Si no tenemos estrechez de miras, podemos descubrir que la diversificación de una producción más innovativa y con menor impacto ambiental puede ser muy rentable.

En el ámbito de las propuestas concretas, y buscando atender con eficacia los problemas planteados en su encíclica, el papa Francisco afirma:

Para afrontar los problemas de fondo, que no pueden ser resueltos por acciones de países aislados, es indispensable un consenso mundial (...) para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento (...) para garantizar la salvaguardia del ambiente y regular los flujos migratorios, urge la presencia de una verdadera autoridad política mundial.

Más adelante, en la encíclica se nos dice que la población mundial puede contribuir a la solución de los problemas planteados:

Un cambio en los estilos de vida podría llegar a ejercer una sana presión sobre los que tienen poder político, económico y social. Es lo que ocurre cuando los movimientos de consumidores logran que se dejen de adquirirse ciertos productos y así se vuelven efectivos para modificar el comportamiento de las empresas, forzándolas a considerar el impacto ambiental y los patrones de producción. Es un hecho que, cuando los hábitos de la sociedad afectan el rédito de las empresas, estas se ven presionadas a producir de otra manera.

De lo antes expresado deduce que se requiere una "conversión ecológica". Una conversión que "implica dejar brotar todas las consecuencias del encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa".

Añade que no será suficiente con la conversión de las personas en lo individual, por lo cual, "Se requerirán una reunión de fuerzas y una unidad de realización. La conversión ecológica que se requiere para crear un dinamismo de cambio duradero es también una conversión comunitaria".

Más adelante el Santo Padre nos proporciona ciertos argumentos en relación con las propuestas antes mencionadas. He aquí uno de ellos: "Jesús nos recordó que te-

nemos a Dios como nuestro padre común, y que eso nos hace hermanos. El amor fraterno” (...) “nos lleva a amar y aceptar el viento, el sol o las nubes” (...) “Por eso podemos hablar de una *fraternidad universal*”.

Posteriormente, el Papa relaciona ese tema de la “fraternidad” con los ámbitos agregados de la estructura poblacional:

El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de la caridad, que no solo afecta a las relaciones entre los individuos, sino también a “las macro-relaciones”, como las relaciones sociales, económicas y políticas. Por eso, la Iglesia propuso al mundo el ideal de una “civilización del amor”.

El cumplimiento de lo expresado anteriormente, dice el Papa, es altamente benéfico, porque “la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas”.

Después realiza varias expresiones para motivar la esperanza (de solución) de los lectores de su encíclica. He aquí una de ellas: “En el corazón de este mundo sigue presente el Señor de la vida que nos ama tanto. Él no nos abandona, no nos deja solos, porque se ha unido definitivamente a nuestra Tierra,² y su amor siempre nos lleva a encontrar nuevos caminos. Alabado sea”.

Para concluir su documento, el Papa propone dos oraciones: (a) Una para los que simplemente creen en Dios, a la cual titula *Oración por nuestra Tierra*. (b) Otra para los cristianos, a la que llamó *Oración cristiana con la creación*. El párrafo que sigue a continuación es una muestra del contenido de dichas oraciones:

...muéstranos nuestro lugar en este mundo como instrumentos de tu cariño por todos los seres de esta Tierra, porque ninguno de ellos está olvidado ante ti. Ilumina a los dueños del poder y del dinero para que se guarden del pecado de la indiferencia, amen el bien común, promuevan a los débiles y cuiden este mundo que habitamos. Los pobres y la Tierra están clamando: Señor, tómanos a nosotros con tu poder y tu luz, para proteger toda vida, para preparar un futuro mejor.

2. Cuando se encarnó en Jesús de Nazaret.